

Francisco Fernández Buey, La gran perturbación. Discurso del indio metropolitano, Barcelona, 1995, Destino, 461 p.

De nuevo quiero mostrar mi perplejidad; puede ocurrir que sea más entendedora la interpretación del pasado realizada por creadores que la que suelen perpetrar demasiados historiadores, no gran cosa más que la voz de su amo, por añadidura aquéllos acostumbran a ser más competentes para describir situaciones colectivas, ambientes, anhelos o usos de la gente. También me asombra que mientras profesionales de otros saberes se deciden a evaluar, de forma ética, grandes catástrofes pretéritas mis colegas, al contrario, las ningunean o intentan contrarrestarlas excediéndose con el ditirambo.

Fernández Buey - desasosegado por graves tragedias actuales, por choques entre culturas diferentes, el racismo, la incomprensión ante los diferentes, o el complejo de superioridad cultural de occidente que por ello tiene a los otros por inferiores - piensa que puede bucear en el ayer, con espíritu histórico-crítico, para analizar las consecuencias de colisiones culturales anteriores, así la que se desencadenó en América a partir de 1492, por maliciarse que «tenga algo que enseñar a la filosofía moral y política del 'postmodernismo' que se debate entre la autocrítica del eurocentrismo y la consideración del racismo cultural como ideología funcional al capitalismo tardío».

Sostiene también que de las controversias españolas para legitimar el colonialismo surgió un primer acercamiento a los problemas de los violentados y una comprensión de la alteridad y la tolerancia que no se han explorado todavía. Así su estudio se centra en la que él llama «variante latina» de la reflexión sobre el choque entre culturas, la de Vitoria, Vasco de Quiroga y, en especial, Las Casas, que ensayaron entender el por qué de los hábitos del otro a la vez que, aceptada la diversidad, se plantearon la posibilidad de escoger moralmente entre distintos

comportamientos, dentro del debate sobre la naturaleza de los aborígenes americanos.

Expone que la variante latina del relativismo cultural también partía del propósito de explicar y comprender la diversidad cultural, aceptando que usos distintos a los nuestros, aunque pudieran ser tenidos por perversos por los coetáneos, eran moralmente justificables o disculpables en el ámbito de una sociedad que compartía determinado código de conducta. E insiste en la peculiaridad de su raíz clásica o aristotélica modificada por el igualitarismo cristiano.

A lo largo del libro el autor va apuntando otras características relevantes de la variante latina, si empezó apiadándose de los agredidos, con remordimiento por la catástrofe provocada, devino autocrítica, enjuiciando su propia cultura y denunciando la doble moral. Y lanza la hipótesis de una posible vinculación entre crisis financiera del Imperio y crisis espiritual de 1558.

Contrastando también con tanto colega mero funcionario del olvido, Fernández Buey forma parte de la escuela filosófica que ha sido capaz de rescatar una producción satanizada y de captar la precisión de la descripción lascasiana, al margen de sus motivos morales o su apasionamiento, al que ve no sólo como pensador y agudo polemista, sino también como hombre de acción que se radicalizó en los últimos años de su vida.

Miquel Izard